



ALMA
BELFRANCES



Título original: Alma
Autora: Bel Frances

LA
MÁQUINA
CHINA
editorial

2ª edición: mayo 2007
1ª edición: abril 2004
© 2002, Bel Frances
© 2004, La Máquina China editorial
41002 Sevilla
www.lamaquinachina.com

Diseño de cubierta: www.thedot.es

Printed in Spain: Impreso en España
ISBN: 978-84-933683-5-7

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por medio alguno, sin la previa autorización por escrito del editor.

ÍNDICE

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Camino de París | 5 |
| La casa de los pedernales | 23 |
| El jardín de las Tullerías | 77 |
| La rue de Saint Denis | 127 |
| Una casa junto al mar | 177 |
| Salve, emperador de los franceses | 231 |
| La corona de Suecia | 261 |
| Nota de la autora | 293 |
| Un banquete imperial | 306 |

Nunca hice nada que un historiador no pudiera justificar.

Napoleón Bonaparte

CAMINO DE PARÍS

M -¡Margot, Margot, despierta! Se acerca un carruaje por el camino de París.

-¡Oh, Alma, déjame dormir!-se quejó su prima. Usó la sábana para taparse la cabeza y se acurrucó en el rincón más alejado de la cama para que no volviera a molestarla.

La buhardilla tenía dos ventanucos desvencijados que colaban el viento frío en invierno y dejaban paso a los mosquitos en verano. Uno se abría hacia el puerto y el mar, y el otro enfilaba el camino de París.

Alma estaba excitada. Todas las noches, antes de meterse agotada en el jergón frío de heno prensado que hacía de cama, se asomaba por el ventanuco estrecho y descuadrado, envuelta en un viejo chal, y soñaba despierta con París. Este camino, para ella, acostumbrada a zurcir redes, salar pescados y bracear sedales, era el inicio mágico de una senda por donde llegaba y desaparecía todo lo bueno, todo lo hermoso.

Por allí venían los apuestos caballeros de la ciudad, que se detenían un momento en la fonda antes de continuar hacia Calais; Alma los veía llegar montados en sus nervudos caballos y con ropas tan elegantes que al rato se ruborizaba al darse cuenta de la forma en que los miraba.

Por el mismo camino partían las mejores lubinas que salían del mar, y las ostras, y los fabulosos crustáceos; cuando era pequeña imaginaba que eran devorados por personajes tan fantásticos como ellos.

Pero sobre todo, por el camino de París, había desaparecido la hermosa dama de sus sueños.

Ella tomó también ese camino para no volver nunca más.

El sueño se repetía una y otra vez.

La carroza estaba allí cuando comenzaba; era enorme y negra y los caballos piafaban asustados por el inmenso aparato eléctrico de una tormenta que en breve se precipitaría sobre ellos.

-Esto eres tú -le decía la dama vestida de tinieblas colocándole la delicada cadena-. No lo olvides jamás.

Después la besaba y volvía a montar en la carroza oscura como la noche. El cabello blanco y la piel blanquísima se difuminaban con el tapizado nacarado del vehículo, que tornaba a marcharse por el camino de París.

Al despertar, instintivamente tocaba la medalla de oro que pendía de su cuello. Seguía ahí, siempre lo había estado; representaba una flor pequeña y preciosa y detrás había letras que Alma no sabía leer. Cuando preguntaba a tía Ana si tendría alguna relación la medalla con su sueño, ésta le daba un coscorrón, la llamaba tonta y la obligaba a mondar más cebollas.

Quizá por eso Alma seguía obsesionada con el camino de París. Por allí había llegado el correo hacía unas semanas y ante el asombro de todos traía una carta para su tío Marc.

-En estos años de revolución –decía su tío-, lo mejor es no recibir noticias. Siempre anuncian la muerte de un amigo o la creación de un nuevo impuesto.

La carta, la habían abierto sin demora y juntos, él y tía Ana, la habían leído y releído una y otra vez.

Ni ella ni Margot se habían atrevido a preguntar.

Alma intentaba tomarse la sopa de pescado de todos los días y Margot no paraba de cuchichearle sus aventuras con el hijo del molinero que ahora la tenía engatusada.

Sus tíos la miraron un momento y a tía Ana no le dio tiempo a volverse antes de que se le escapara una lágrima.

Desde entonces estaban distintos.

Alma los descubría mirándola a hurtadillas de vez en cuando y su tío, normalmente brusco y taciturno como los hombres de mar, le dedicaba una sonrisa, aunque tan leve que había que imaginarla más que verla, y le hablaba de la vida como si desde ese momento tuviera que comenzar a vivirla.

Su tía, en cambio, estaba más callada y triste que nunca. El remolino de faldas que subían y bajaban a todas horas las estrechas escaleras, se encontraba ahora asentado junto al hogar la mayoría de las veces y la risa escandalosa de la que tan orgullosa se sentía y que las avergonzaba a ella y a Margot tan a menudo en el mercado, había dejado paso a los suspiros y a una leve sonrisa de misericordia.

Esa noche, tres semanas después de que llegara el correo, un carruaje se acercaba por el camino de París.

Alma, acurrucada junto a la ventana, volvió a llamar a su prima.

-¡Margot, Margot despierta! Ya se acerca.

Le encantaba imaginar historias sobre los transeúntes que circulaban por aquella calzada; las damas, para ella, eran todas heroínas huídas de un destino incierto, y los caballeros escapaban de algún plan maléfico urdido contra su destino.

Siempre igual, y siempre Margot oyendo sus historias inacabables.

Ésta era una berlina tan siniestra como la profundidad del mar. Parecía haber salido de la nada y un cochero de sombrero calado la conducía tirada por un par de caballos tordos.

“Si llevara las cortinas abiertas...”, pensó Alma. “Seguro que alguna dama elegante está escapando de la guillotina y va a embarcarse hacia Inglaterra.”

La berlina aminoró la marcha y el cochero paró el trote de los caballos justo delante de la casa.

-¡Soooo!

Alma contuvo un momento la respiración.

-¡Margot! Han parado delante de nuestra casa. ¡Despierta Margot!

-No, otra noche no Alma. Déjame dormir, mañana tengo que estar en casa de la señora Lévi al amanecer.

-No seas boba y ven a mirar. Así tendrás algo que contarle a esa vieja gruñona.

A regañadientes su prima se asomó por el ventanuco.

Seguramente estaban perdidos, como muchos otros, y se habían detenido unos minutos a preguntar.

El cochero abrió la puerta y del interior de la berlina descendió un hombre al que no pudieron ver bien desde arriba.

Tío Marc apareció entonces con un candil y ante el asombro de las dos muchachas lo invitó a que entrara en la casa.

-Oh, Margot. Vamos a verlo, seguro que es un monárquico huido.

Alma ya había abierto la trampilla de la buhardilla y comenzaba a descender las escaleras sosteniéndose el camisón con una mano.

-Si mi padre nos ve espiando -le cuchicheó Margot más alto de lo normal-, nos castigará durante meses.

A Alma eso no le importaba demasiado. Era mucho más excitante ver al caballero que acababa de entrar en el salón y escuchar las noticias que traería que el temor a un castigo que sabía que nunca llegaría a terminar.

-Siempre igual, siempre igual... -se dijo Margot poniendo los brazos en jarra-. Alma, espérame, voy contigo.

Desde la primera planta y acurrucadas en el hueco de la escalera, se podía ver casi toda la estancia inferior. Junto con la habitación de sus tíos, era el único habitáculo de la planta baja; un salón agradable y espacioso que servía de cocina, comedor y despacho de tío Marc cuando recibía a los pescadores que iban a zarpar en su barco.

La gran lumbre del hogar que ese día, cosa rara, tía Ana no había dejado sofocar, alumbraba suficientemente la estancia. Aun así, ninguna de las dos dejó de reparar en que se habían encendido todos los candiles con aceite de pescado.

Su tía Ana trajinaba en la cocina. Alma sabía que todos sus sentidos estarían atentos a lo que sucedía unos pasos más atrás, en torno a la mesa rectangular donde se habían acomodado los hombres, pero la costumbre no le permitía intervenir.

-¡Mira Margot, ese que está sentado junto al tío es el prefecto Sesans! ¿Qué hará aquí a estas horas? -cuchicheó al oído de su prima.

Efectivamente, el prefecto, un hombre diminuto que intentaba aparentar más seriedad de la que era capaz, se había colocado las gafas grandísimas que tantas burlas le acarreaban y hacía como que estudiaba unos documentos que tenía delante. No le habían visto ni oído entrar, pero los restos de asado que quedaban en un plato y la botella de vino medio vacía indicaban que llevaba un buen rato charlando con su tío.

Tío Marc se había sentado al lado y estaba atento al manipuleo que el viajero, acomodado enfrente, se traía dentro de un maletín de piel negra en el que ni Margot ni ella habían reparado hasta ahora.

-Aquí están, prefecto-dijo triunfalmente el caballero, sacando un ato de documentos que entregó al funcionario-. Espero que todo sea correcto.

El prefecto tomó los pliegos y comenzó a estudiarlos en silencio.

La voz del viajero era atiplada y elegante, como imaginaba Alma que debía de ser la de los señores de la ciudad.

Se puso de pie y se acercó al fuego para calentarse.

Entonces pudieron las dos primas saciar una curiosidad que antes les impedía el ángulo que formaba la escalera justo donde debía de estar su rostro.

-¿Sabe algo la muchacha? -dijo con la cara vuelta hacia el fuego, notando cómo el calor le hacía revivir después del largo viaje.

Era un hombre mayor, incluso mayor que tío Marc. De pelo corto y cano peinado hacia delante y sin la barba rala de los hombres del pueblo.

Vestía de una forma sobria y elegante; con un traje de paño grueso de color oscuro y un pañuelo anudado en torno al cuello blanco de la camisa que asomaba por la casaca. Usaba guantes de cabritilla que no había querido quitarse y no dejaba de jugar con un bastón negro con empuñadura de plata.

-La señora nos hizo prometer que no se lo diríamos -contestó tío Marc-. Y así lo hemos hecho, señor.

-Muy bien. Han sido tiempos difíciles -contestó el hombre sin apartar la vista del fuego.

Desde la oscuridad de la escalera, las dos espías no perdían detalle de lo que se desarrollaba más abajo.

-¿De qué están hablando, Alma? -preguntó Margot demasiado alto.

-Shhh. Calla y déjame escuchar.

El caballero miró un momento hacia donde estaban escondidas. Le había parecido oír un cuchicheo allí arriba, donde giraba la escalera, pero sólo encontró oscuridad.

Tranquilamente se volvió hacia la mesa, dando la espalda a tía Ana.

El prefecto seguía ensimismado, estudiando los documentos que se le habían entregado y rellenando datos en un pliego que tenía al lado y que, desde arriba, ya mostraba señales de haber sido manchado por el vino.

-¿Está usted de acuerdo con lo que se le expuso en la carta? -preguntó el viajero dirigiéndose a su tío-. ¿Comprende

que es por el bien de la joven? ¿Ha entendido todas las disposiciones que le exponía mi señor?

Tío Marc permaneció en silencio. Parecía más atento a las grietas gastadas del suelo de madera que a la pregunta que le había formulado el caballero.

Desde atrás, la voz nerviosa de su tía contestó por él.

-Señor, se lo suplico... es aún demasiado joven, no ha cumplido todavía dieciséis años. No está preparada para otra vida más que para ésta. Si al menos nos dieran tiempo para explicarle...

-¡Ana! -La voz fría de tío Marc cortaba como un sedal tensado.- Ya hemos hablado de eso.

-Pero...

-¡Alma tiene que irse!

Las últimas palabras fueron un mazazo en los oídos de la muchacha, que había seguido atentamente la conversación.

¿Irse adónde? ¿Por qué?

Un trajín de antiguos miedos voló un instante ante los ojos asustados de Alma.

Sabía que sus tíos la habían acogido cuando era muy, muy pequeña. Cuando sus padres murieron mientras intentaban cruzar al otro lado del Canal. Alma no recordaba nada de ellos. Lo más cercano a un recuerdo era el sueño fantástico de aquella dama anciana y bellísima entregándole la medalla que siempre llevaba prendida del cuello.

Su pasado se resumía en un sueño, en un bendito sueño.

Sus tíos habían sido buenos con ella, como unos padres. Nunca había sobrepuesto el interés de Margot, su hija carnal, al de ella y el trato a ambas primas era idéntico.

En el pueblo había muchas en su misma situación, pues eran años de guerra y sobraban niños que acoger después de las matanzas. A la mayoría de las chicas huérfanas, al cumplir edad suficiente, se las mandaba a servir a las casas de los ricos para que se labraran un porvenir.

-¿A mí también me mandaréis de criada a casa de un desconocido? -preguntó en una ocasión a tía Ana, coincidiendo con que su amiga, Lily Maeson, fue enviada a Orleans por sus familiares.

Tía Ana la abrazó muy fuerte, le dio un beso sonoro en la mejilla y una palmada en el trasero.

-A trabajar, gandula. ¿Quién te va a querer a ti?

Las dos rieron. Eran felices.

Pero ahora parecía que la cosa había cambiado.

-Señora-intervino el caballero al ver las lágrimas rodando por las mejillas de su tía-, tiene todas nuestras garantías de que la joven estará bien.

-Alma, ¿qué sucede? Han dicho que te vas -preguntó Margot desde el ángulo oscuro de la escalera.

Las lágrimas se le escapaban también a Alma sin poder contenerlas. Su prima, su adorada Margot. ¿Cómo podría vivir sin tenerla pegada todo el día contándole sus chismes?

-Señora Dumensí -continuó el caballero-, sería tan amable de avisar a...

-Alma. Se llama Alma. Hemos mantenido el nombre que le quiso poner su madre.

El caballero lo repitió, intentando memorizarlo.

-Alma. Seguro que será tan bonita como el nombre.

Arriba, las dos niñas permanecían abrazadas.

-Debes subir Margot. Tu padre va a venir a por mí y si te encuentra aquí te castigará.

-¿Y a ti? -contestó su prima.

-A mí, da igual.

Los pasos de tío Marc crujieron en el entarimado reseco del salón.

Como una exhalación, Margot se sujetó el camisón y comenzó a subir las empinadas escaleras.

Apenas había cerrado la trampilla de la buhardilla cuando su padre llegó hasta donde Alma permanecía acurrucada.

La miró durante unos segundos. Ya imaginaba que estaría allí.

-Vamos mi niña, tienes que bajar.

Los ojos de su tío estaban más tristes que nunca. Vacíos de mar y rotos por dentro.

A ella no le pareció justo hacerlo sufrir más. Hizo el intento de una sonrisa y comenzó a descender.

Antes de llegar abajo, reparó en que sólo llevaba puesto el tosco camisón de algodón, roído en más de un sitio y suelto en el dobladillo y la toca de lana jubitada por su tía que nunca dejó que tirara.

Su tío se dio cuenta.

-No importa -le dijo mientras le apretaba la mano, más para darse fuerzas a él que a la niña.

Abajo todo era silencio. Tía Ana hacía un esfuerzo sobrehumano por contener las lágrimas y el prefecto había dejado de escribir para seguir los pasos que descendían por las escaleras.

Los cuatro últimos peldaños fueron una tortura para Alma.

El sufrimiento de tía Ana era demoledor. No se atrevía a levantar los ojos hacia su esposo y menos aún a cruzarlos con los de su sobrina.

-Hola Alma -saludó el prefecto.

El caballero era el único que se mostraba impasible y curioso. La estudió desde lejos unos segundos y después se acercó, la tomó por la barbilla con sus manos enguantadas, y una mirada de satisfacción apareció en los cansados ojos grises.

-La belleza de tu abuela ha encontrado a la perfecta heredera.

Con quince años Alma era una chica bonita. Tenía la piel blanca, que el escaso sol y la intemperie se habían encargado de dorar ligeramente, y los ojos cambiaban de color según la luz que reflejaban; a veces eran verdes como las hojas del espliego, otras jaspeados como las escamas de un jurel y otras veces dorados si la luz caía oblicua, como solía pasar en las tardes de verano.

El cabello era lo más sorprendente; de un rubio oscuro que podía esconder hebras rojizas y tan abundante que se sostenía a duras penas en una trenza que le caía por la espalda.

La figura que se perfilaba tras la toca con la que se cubría casi por completo era espigada y delgaducha y los tobillos asomaban bajo el camisón dando la impresión de ser demasiado frágiles para sostenerla.

El viajero la miró con detenimiento. Sus ojos eran vivaces y el gesto de su boca carnosa mostraba una decisión difícil de doblegar, aun en una muchacha tan joven.

Un estudio más detenido de su personalidad hubiera enseñado a una niña temerosa e ilusionada, con demasiado miedo como para ser ella misma.

Los que estaban acostumbrados a verla la encontraban preciosa, aunque algo delgada, pero los que la observaban por primera vez no podían dejar de sorprenderse.

Tía Ana no permitió que el extraño mirara más de lo necesario a su sobrina.

-Cariño, tienes que vestirte. Ven conmigo. -La tomó de la mano y la introdujo en su dormitorio sin importarle lo que pudieran opinar los demás.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas la abrazó, con fuerza, con cariño, intentando comunicarle el amor que sentía por ella.

Alma lloraba. Lo último que hubiera pensado esa mañana, esa noche mientras veía acercarse la berlina, es que ya no volvería a amanecer en su casa, con los suyos.

Su tía le tomó la cara entre las manos. Eran tan tristes sus ojos color de nube.

-Quién nos vea así llorando, como dos tontas -e intentó sonreír, aliviar dos corazones tan angustiados.

Una sonrisa tímida apareció en los labios de la muchacha.

-Alma, tienes que prometerme algo.

La niña la miraba atentamente. Asintió con la cabeza.

-Sé que has oído todo lo que se ha dicho aquí esta noche... Ya sabes que tienes que marcharte con ese señor.

Aun intentando contenerlas, las lágrimas volvieron a derramarse de los ojos tristes de Alma. Esta vez su tía no prestó

oídos a su corazón, tenía que decirle tantas cosas y había tan poco tiempo.

-Ahora no lo comprendes. No lo puedes comprender, pero todo esto es por tu bien. No puedes continuar aquí. No, no puedes.

-Pero tía Ana...

-Alma, escúchame -dijo su tía sosteniéndola por los hombros-, algún día comprenderás lo que estamos haciendo. Debes prometerme que entonces nos perdonarás.

La muchacha intentó hablar, pero su tía no lo permitió.

-Tu tío y yo hemos hablado y discutido. Ninguno de los dos podíamos retenerte. No, no sería justo, debes irte.

Mientras ataba las cintas con que se sujetaba a la espalda, tía Ana continuó hablando.

-Tendría que haberte contado tantas cosas... pero poníamos demasiado en juego. ¿Y si un día como hoy no hubiera llegado nunca?

Cepilló el cabello de su sobrina, lo recogió en un moño apretado en la nuca y le puso su mejor sombrero de fieltro.

-Mi niña. ¿Qué voy a hacer yo sin verte? -Intentando contenerse, se sobrepuso como pudo.

-Alma, prométeme que no nos odiarás por esto. No podría soportarlo si lo viera en tus ojos.

La muchacha quiso sonreír, pero ninguna forma formaban sus labios.

-Ahora sí -dijo la tía-. Debemos salir, hay que realizar la ceremonia antes de que te marches.

Alma la retuvo de la mano antes de abandonar el dormitorio.

-Tía Ana...

La mujer la miró con ojos tristes, preparándose para el reproche.

-No sé adónde voy, ni qué será de mí... pero quiero que sepas que no hubiera deseado una madre mejor que tú.

Su tía la abrazó de nuevo.

-Si no salimos ya, nos derretiremos como dos carambanos.

Secándose las lágrimas, las dos mujeres volvieron al salón.

El silencio era total.

Tío Marc se acercó a su sobrina y la tomó de la mano.

-¿Estás preparada, cariño?

“¿Para qué?”, pensó Alma. Daba igual, su destino ya no quedaba en sus manos.

-Subiré a preparar el equipaje -dijo la tía, y se alejó escaleras arriba llorando desconsolada.

El prefecto se puso en pie.

-Ciudadano Blemont -dijo dirigiéndose al caballero-, los documentos que me ha entregado son correctos.

El hombre asintió.

-Y tú, Marc -continuó el prefecto-, debido a su minoría de edad, actuarás como tutor de la joven Isabella Claire Alma de Nébouzan.

¿Nébouzan? Era la primera vez que Alma oía ese apellido y menos aún en referencia a ella. ¡Pero si siempre se había llamado Dumensí, como su tío!

El prefecto empezó con la lectura.

-Investido con la autoridad que me confiere el Estado legítimo de la República Francesa, doy fe de encontrarme ante la ciudadana conocida como Alma de Nébouzan que actúa libremente...

“¿Libremente?”, pensó Alma. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué diablos estaba sucediendo?

El prefecto continuó.

-Y ante el ciudadano Alan Blemont, que actúa en representación y por poderes del ciudadano Bertrand Beaujeu, como así garantizan los documentos notariales que me entrega.

Revisó un momento las firmas de las actas y prosiguió.

-Por la autoridad que me otorga la nación, declaro legal el matrimonio entre Bertrand Beaujeu y Alma de Nébouzan.

-La voz era pastosa y arrastraba las palabras debido al vino-. Por favor firmen las actas.

Alma se quedó paralizada por unos momentos.

La acababan de casar con un extraño.

Mientras su tío, en representación de ella, y el caballero de París en nombre del individuo con el que había contraído matrimonio firmaban los documentos, a Alma le pareció que entraba en una de esas cajas chinas que traían los comediantes cuando venían al pueblo y que dan vueltas sin cesar mostrando imágenes fantásticas.

No le dio tiempo a mucho más.

Su tía bajó con un ato lleno con sus pocas pertenencias.

-No hubiera sido necesario, señora -dijo el caballero-.

En casa tendrá todo lo que necesite. Será mejor que no nos demoremos más, el camino es largo.

Hizo una ligera inclinación ante Alma y le tendió la mano.

Alma miró alrededor. Esto era mucho peor de lo que había imaginado. No la mandaban a servir a casa de algún rico ciudadano, sino que la habían casado con un extraño que ni siquiera conocía.

No se lo merecía. Ella no merecía ese trato por parte de sus familiares.

Su tía tenía los ojos rojos y le esquivaba la mirada.

Tío Marc parecía muy malhumorado. Se giró hacia el hogar cuando Alma dio unos pasos hacia él.

-Por favor, madame -dijo el caballero dirigiéndose a ella e indicando el exterior.

“Madame”. Nunca la habían llamado así.

Volvió a mirar de nuevo su antigua vida, su querido y pequeño mundo junto al mar, e intentando mantener la cabeza alta, como le había enseñado su tía, salió a la calle.

La berlina era grande y cómoda. El cochero, que había permanecido todo el tiempo junto a los animales, se acomodó en el pescante y el caballero la ayudó a subir para después sentarse a su lado.

Ninguno de sus tíos salió a despedirla. Sólo el prefecto, que le tendió la mano a través de la ventanilla.

-Alma, no seas refunfuñona y acata las ordenes de tu marido. Ten suerte, hija mía.

Antes de que se diera cuenta, los caballos comenzaron a trotar.

-Alma, Alma... -Sonó a sus espaldas una voz demasiado familiar, demasiado cálida.

Miró por la ventanilla y detrás vio corriendo tras el carruaje a su prima Margot, su querida Margot.

-¡Margot!

Las lágrimas volvieron a aparecer y su estudiada dignidad se deshizo en un momento.

Sacando el brazo a través de la ventanilla pudo tocar un instante los dedos de su prima antes de que los caballos trotaran a demasiada velocidad.

Margot seguía corriendo detrás de la berlina. Sus gritos llamándola eran punzones ardientes para Alma.

El dolor, la fatiga y el agotamiento se apoderaron de ella. En unos minutos su vida había cambiado. Había perdido a todos sus seres queridos y se dirigía a un futuro incierto.

Pero antes de caer rendida, aún pudo darse cuenta de que no iba camino de París.